PROMOTION!

ART and STORY by
Salvador Moreno Pardines

CAPÍTULO 5

(CC)Salvador Moreno Pardines, 2021
Publicado de acuerdo con BiteStudios
https://bitestudios.gitlab.io/

Fecha de publicación digital: 8 de marzo de 2021, Alicante (España)

Promotion (2021), escrita por Salvador Moreno Pardines, está bajo una licencia de Creative Commons - Reconocimiento - NoComercial - 4.0 Internacional.
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es

5

Tida y el resto del grupo había llegado a su zona de trabajo para retomar el proyecto. Lo tenían todo desordenado y sucio. Se podía ver que no limpiaron lo suficiente el despacho la semana pasada. Había "dos kilos" de polvo encima de las estanterías, las mesas, el sofá que habían obtenido… Y, además, para rematar la jugada, el olor a cerrado del fin de semana se potenció por diez. ¡Era una lástima! Con el buen aspecto que presentaban las paredes y las dos ventanas que tenían… La suciedad se lo cargaba todo. ¡Todo! Aún así, entraron como si nada a sus respectivos lugares dentro del cubículo; agitaron las manos para arrastrar el exceso de porquería y se acomodaron en las sillas de escritorio.

Empezaron a sacar poco a poco todo el material pertinente para seguir con él. En los planos,

podían verse escenarios muy veraniegos: playas, calas, alguna que otra isla por ahí suelta etc. Incluso había imágenes de un barco vikingo de color rojo con unos cuernos amarillos muy exóticos. Presentaba un diseño bastante original y coherente de todo lo que se veía. En cambio, en los ordenadores, el código escrito era un completo desastre. Las secciones no se diferenciaban apenas y el hilo conductor para entender la programación se perdía desde la primera letra. Esto era una cosa muy poco corriente en empresas de este calibre. Pero, podía pasar que todo funcionara en su sitio y que la organización fuera un caos total.

—¡Qué bonito es el mar cuando lo ves con unos y ceros! Es tan… —Pensaba durante unos instantes—. ¡Inmenso! Tengo ganas hasta de nadar dentro.

Yuna no podía creerse lo que estaba escuchando mientras su compañero, Tida, miraba la pantalla de su ordenador con mucha atención. Sí… Atención. Estaba tan inmerso que se le escapa una pequeña sonrisilla por el lado derecho de la cara. Aquello era muy perturbador.

Al otro lado del despacho, cerca de las estanterías sucias, Tetra, la última integrante que faltaba por sacar el material, tenía los auriculares puestos a un volumen demasiado alto. Su pabellón auditivo proyectaba el sonido de estos y los demás

podían escuchar la “fiesta” que llevaba encima. Mientras preparaba las cosas, colocó su *smartphone* encima del escritorio para tener las manos más desocupadas. Desde la pantalla del dispositivo, se apreciaba a un grupo de aventureros encerrados en una mazmorra. Algunas salas estaban llenas de agua estancada y los gases putrefactos eran muy perceptibles. La escena era terrible y una de ellos empezó a gritar de agonía cuando quería sacar su guadaña ancestral. El intenso rojo de la sangre salió de la nada y engulló la estancia a toda velocidad. El tipo grandote que los enfrentaba se puso pálido. Se temía lo peor… Como los compañeros de la mujer caballero. Tetra, que observaba todo al otro lado de la pantalla, se quedó ojiplática al ver semejante conjuro y detuvo la búsqueda de sus carpetas. La cúspide del combate estaba ocurriendo en ese mismo momento. Sin embargo, un fallo repentino en la batería del teléfono inteligente detuvo la retransmisión y la imagen se apagó. Esto puso nerviosa a la dueña que tocaba la pantalla y los botones para revisar si había alguna reacción concreta.

—¡No! —Exclamaba muy indignada—. ¡Qué asco de móvil! ¡Voy a demandar a Aifon por esto! —Agarró su teléfono, le sacó la tarjeta SIM y lo lanzó a la papelera con mucha furia—. Es la terce-

ra vez en un año que me pasa esto con ellos. ¡Nunca más!

Los compañeros de la fanática a los directos contemplaron la escenita con surrealismo debido a que no esperaban una pérdida de papeles como esta. Tida, que era la persona más cercana a ella en el despacho, se acercó hasta allá para echarle un cable y, así, ganarían un poco de ventaja al horario de trabajo para compilar el proyecto. Afortunadamente, consiguieron finalizarlo hace cinco días y varios colegas se ofrecieron para testear el producto. Todos coincidieron en que el dominio del viento y la navegación eran una pasada. Por tanto, tenían un montón de trabajo ya marcado para no volver a tocar. Aquello, se palpaba porque el nerviosismo que presentaban otros trabajadores no lo mostraban. Estaban en el *sprint* final y con seis horas aún por delante.

—¿Qué opinas de la última mazmorra, Yuna? —Decía su compañero entregándole el plano de la misma—. ¿La ves asequible para el final?

Tida se mostraba dubitativo con aquella sección y necesitaba alguna opinión externa a la suya. Es cierto que el juego ya fue probado y revisado por otros. No obstante, había unos matices en ese lugar que no terminaban de convencerlo. Él era bastante inseguro a la hora de elegir método de trabajo y, eso, en numerosas ocasiones, lo las-

traba de manera notoria. En cambio, sus dos amigas, agarraban la sartén por el mango en los momentos difíciles. Sobre todo lo hacía Tetra, la fanática a los directos, que poseía un carácter especial. Las personalidades de estos se entremezclaban bien. Ninguno sobresalía del resto y eso los beneficiaba cuando debían trabajar: no había peleas ni discusiones. Cada uno de ellos conocía su lugar.

—No está nada mal —mostraba su pulgar hacia arriba—. Creo que será un buen desafío para los jugadores.

—Perfecto. Lo compilaré en el código entonces —contestó él.

El ordenador común que utilizaban para depositar la información del proyecto había sido encendido. Su pantalla mostraba la típica imagen del sistema operativo Ventanitas parpadeando en el centro del monitor. Esto desesperaba muchas veces a Yuna, pues, aunque no lo pareciera, era la más impaciente del equipo con diferencia. El movimiento de los dedos siempre era un indicador peligroso para detectar su mal humor. Y… Así era: se estaba enfadando.

—El proceso de carga está tardando demasiado… Esto no es normal. —Decía cruzándose de brazos.

Sus compañeros se percataron de este ligero matiz y también se extrañaron bastante. El logo continuaba parpadeando y no avanzaba la transición. Tida, al ver esto, decidió cortarlo por lo sano: pulsó el botón de la toma de corriente un par de segundos y el ordenador se desconectó. Los ventiladores dejaron de funcionar y repitieron el proceso una vez más. Debían hacerlo funcionar fuera como fuera.

La sala de reuniones de los altos cargos estaba casi vacía desde las nueve de la mañana. El silencio y la tranquilidad gobernaban aquella estancia con precisión y contundencia. Asimismo, el aroma a café recién hecho todavía podía ser olido en el ambiente. Las conversaciones de fondo, que se producían en las habitaciones contiguas, se entremezclaban todas ellas provocando una sonoridad armónica reconfortante. Aquello denotaba que los trabajadores de mayor rango se tomaban su faena en serio y no perdían el tiempo en conversaciones cotidianas.

En uno de los ventanales, un señor, de unos ciento ochenta centímetros más o menos, estaba contemplando las bonitas vistas que tenía sobre la ciudad de Sunfield. La luz directa del exterior impedía que se le viera con claridad el rostro. Sin

embargo, el chaleco ajustado, su camisa de color nacarado y los pantalones de lino a medida podían apreciarse pese a la mala iluminación de la habitación. Además, llevaba una taza de café sujeta en su mano derecha que todavía humeaba por el calor. Esto hacía que lo ingiriera poco a poco para no quemarse la garganta. Le gustaba saborearlo mientras descansaba.

La puerta principal del despacho fue abierta alrededor de las nueve y media de la mañana. El señor con el traje azul marino y la pajarita entró con seguridad y se acercó lentamente hasta el ventanal iluminado. Su compañero, que estaba situado a la izquierda, lo miró a los ojos mientras tomaba los últimos tragos del desayuno. Aquella mirada no hizo más que preparar la conversación que iban a tener en pocos segundos.

—Sabes que corremos el riesgo de perder un potencial muy valioso, ¿verdad? —Dijo mirando al paisaje.

El tono serio con el que había expresado aquella respuesta llamó la atención del mánager.

—Estoy al corriente de ello, Casey —suspiraba—. Les he entregado los medallones a los equipos de trabajo. Ahora tendrán un poco más de presión y se esforzarán.

El hombre de ciento ochenta centímetros el ceño al escucharlo.

—Eso da igual, Charles. En cuanto se den cuenta de dónde los hemos metido… —Se tocaba la frente con la yema de los dedos algo preocupado —. Van a volverse histéricos. Y eso no nos beneficia.

Esa era la cruda realidad de la situación. Los rumores sobre el PMR casi siempre habían sido muy radicales. Nadie de los jefazos pensaba que sería usada como una herramienta más. Sino todo lo contrario: la consideraban la última barrera defensiva contra la bancarrota, ya que su principal regla obligaba a contrarrestar los síntomas de los malos hábitos de trabajo.

Casey anduvo pensativo hasta el fregadero de la sala más cercano y comenzó a limpiar su taza. El sonido del agua cayendo por el grifo lo tranquilizaba un poco. Pero su mente, al contrario que su cuerpo, seguía pensando en aquellas siglas. No podía dejar de hacerlo. Tenía una fea costumbre de darle muchísimas vueltas a cualquier asunto que no lo convenciera del todo. Aunque no se viera afectado directamente. Poco después, agarró un papel absorbente, bastante grueso, para secar la taza y dejarla en el armario bien puesta.

—Sé que esta medida no te gusta —respondía el hombre de la silla de ruedas desde el ventanal—. Te lo noto en la mirada.

No se equivocaba. Aquella idea no le gustaba ni un pelo. Pero no podía negarse.

—Bueno… Siempre podemos omitir algunos datos.

Se acercaba de nuevo a su compañero algo cabizbajo.

—¡Eh! ¡No es el fin del mundo! —Decía dándole una palmada en la parte inferior de la espalda—. Haz memoria, Casey. Recuerda aquella vez en la que estuvimos al borde de la quiebra.

Sus pensamientos habían vuelto a ese año 2009 tan caótico. Lo recordaba como si fuera ayer, puesto que sufrió esa etapa muy de cerca. Él, junto a sus compañeros de aquellos días, trabajaban en un sistema de producción informático para mejorar las ventas de la empresa. Llevaban alrededor de tres años montando y desmontando el código porque los resultados no les convencían. Eran algo estrictos con su trabajo y se notaba. A causa de eso, las montañas de informes en la mesa de Jacky, el cabecilla del grupo, dejaban mucho que desear. Estaba todo muy patas arriba. Tan hasta arriba que la zona de trabajo conjuntaba con la forma de vestir que tenía: un desastre.

En cambio, los avisos que hacían por megafonía iban y venían, de manera constante, desde primera hora de la mañana. Uno de esos mensajes insistía en detener todos los proyectos, incluso si

solo faltaba presentarlos, pues el mero hecho de seguir empleando minutos y segundos les costaba dinero. Ellos entraban en ese grupo de "privilegiados". Desgraciadamente, no pudieron llegar a tiempo y todo el esfuerzo invertido cayó sobre papel mojado.

—¡Maldita regla asquerosa! —Golpeó su escritorio con el puño cerrado—. Esto no quedará así.

—Hemos caído en las redes del sistema… —decía uno de sus colegas con una voz bastante grave—. Para ellos somos unos simples números.

Aquella frase hundió más al grupo. Les había dado de lleno.

—¡Para de ser tan pesimista, Bob!

—Soy realista —reprochó.

Ambos miraron al chico de ciento ochenta centímetros para que tomara partido en el asunto. No obstante, solo podía mirar. El miedo lo estaba consumiendo.

—Vámonos, Stones —lo agarró del hombro izquierdo—. Se lo explicaremos a esta gente con buenas palabras.

Su camino hasta la última planta se quedó allí… En la puerta. La indignación y el enfado consumieron al grupo progresivamente. Los gritos que se producían dentro del despacho eran escuchados desde fuera, en el recibidor. Esto, dejó muy

decaído a Casey porque veía que no servía de nada molestarse en cambiar las cosas. El "daño" ya estaba hecho. Entonces, de pronto, en un acto de desesperación, el líder del equipo hizo caso omiso a las indicaciones que había en el cartel de la puerta y se dispuso a entrar. Dio dos pasos hasta el pomo para tirar de él y este comenzó a girarse. Al percatarse de eso, se movió hacia un lado y tres personas de complexión atlética salieron de la sala con un rostro serio.

No dijeron ni una palabra.

Se mantuvieron en silencio.

Tras aquello, no dudaron ni un segundo más en avanzar hasta la habitación, ya que debían hablar con sus jefes fuera como fuera. Necesitaban explicaciones coherentes y validas. Las excusas no serían bien recibidas por ellos. A partir de ahí, los recuerdos y las conversaciones comenzaban a volverse confusos, y carentes de sentido, debido a la tensión que se vivía. La mente a veces era muy traicionera…

Charles sabía de los defectos de su compañero. Cuando le daba por ponerse a pensar se quedaba petrificado en sus recuerdos. Sin moverse ni un centímetros. Le había vuelto a ocurrir.

—¡Oye! ¡Despierta! —Exclamaba.

Aquella norma le hizo perder algo muy valioso y era consciente de ello. Tenía que parar de abstraerse en sus pensamientos.

—Lo siento —suspiró—. Estoy intentando dejarlo.

El señor de la silla de ruedas negaba con la cabeza mientras lo oía.

—Debes tranquilizarte. Esta vez no será igual. Tienes mi palabra.

Él asentía con la cabeza.

—Recuerda que yo estoy al cargo de esto. Necesito que asistas a la última cumbre para validar la metodología. —Lo miró a los ojos—. Si no salen los suficientes votos… Si que empezaría a preocuparme.

«¿Existen más maneras de manejar el PMR?» se decía a sí mismo Casey, una y otra vez, después de escuchar a su compañero mencionar la palabra "metodología". ¿Sería verdad aquello? No podían saberlo a ciencia cierta. Pero estaba encima de la mesa esa opción.

—Bien. Te sigo, Charles. —Concluyó.

Sonrió al conocer su respuesta.

—Estupendo.

El señor del traje azul marino y la pajarita, encaraba su silla de ruedas hacía el norte del despacho para dirigirse al ascensor. En mitad del recorrido, se dio cuenta de que una pluma, de un ave

cualquiera, sobresalía desde uno de los bolsillos de la americana de su colega.

—¿En serio? ¿Te los has traído a la oficina?

—Sí. —Afirmaba con la cabeza—. No iba a dejarlos solos en casa. Así… —Se reía—. Me hacen un poco de compañía.

—Nunca cambiarás…

—Pasemos por mi despacho primero. Tengo que darles de comer.

Charles seguía sin creérselo. Animales en el edificio… Había roto la tercera regla de convivencia de la empresa. Pero le daba igual. No era su problema.

—Sé breve, por favor. Te esperaré fuera.

Ambos dejaron atrás el despacho grande y se introdujeron en el ascensor para dirigirse a su nuevo destino. Ninguno de ellos era consciente del resultado final que saldría de esto. Las cartas estaban echadas sobre la mesa y el tiempo decidiría el giro de los acontecimientos.

CONTINUARÁ…

El capítulo 6 será estrenado el día 16 de marzo de 2021 a las 10h.

Contacta con nosotros:
@bitestudios2020 (Twitter)
bitestudios2020@gmail.com